

X ALFREDO PEREZ GUERRERO



Conocemos el valor del medio territorial ecuatoriano y sabemos que su diversidad y su constitución abrupta, difícil para la comunicación y el acercamiento produjeron variedad de tendencias y caracteres sui generis en cada grupo de las secciones territoriales. La organización colonial intensificó la divergencia por el artificio de la desigualdad de derechos y de aprecio según el colorido de la piel: en la última escala estaba el negro, bestia de carga y molino, esclavo de la tierra insalubre y ardiente, condenado al infierno de los valles y al vejamen de sus amos; luego seguía el indio, el vencido, el impotente para la rebelión, humilde y despreciado, triste como el yermo de sus páramos, hermético e impenetrable a toda renovación, moral y progreso. Habitante de chozas inmundas, él hacia todos los servicios domésticos y públicos; concierto perpetuo, arrastraba el harapo de su vida por los campos y los vericuetos de las sierras heladas. Sólo le restaba el instinto de conservación: ni pasado ni porvenir le interesaban; su existir era monótono como su música doliente. La única ventana abierta a la alegría era el alcohol, opio de sus dolores y veneno de ensueños. Más desgraciados que él, quizá porque tenían más clara conciencia de su desventura, eran los mestizos, los mulatos, los zambos, ángulos de las razas mezcladas una y otra vez con las ambiciones y los orgullos de la blanca, con la indolencia de la india, con el fanatismo de la negra, a quienes la Ley y el prejuicio vedaban las carreras honoríficas y les sumían en el desprecio de los que, por sentirlos más cerca de sí, tenían para ellos más recelos y desconfianzas. Por fin, los blancos, los españoles, incluso los descendientes de ellos —los criollos— la minoría poseedora de autoridad y de riqueza; casta incommovible y soberana de la que no obstante habían de salir al fin los caudillos —Los Miranda, San Martín o Bolívar —vindicadores de los derechos de la América.

En el negro había indiferencia, en el indio ignorancia, en el mestizo emulación, dolor, anhelo de civilización y de igualdad, en el blanco, prejuicio, orgullo y tiranía.

Tantas fuerzas antagónicas tenían que ponerse frente a frente. La Colonia es una toma de posiciones para esta lucha. En el yunque de la guerra se ligó lo que podía ligarse y se destruyó lo que debía destruirse. Los americanos vencieron. Entonces hubo que organizar y construir naciones: como la guerra se hizo contra la jerarquía se proclamó la igualdad; como se odiaba la monarquía se escribió la República en las Constituciones, como se había quebrantado la opresión, se garantizaron todas las libertades. Los esclavos de la víspera fueron los ciudadanos del día siguiente y dictaron leyes y tomaron posesión de las magistraturas, y trataron de dirigir la política, la justicia y la administración, como habían dirigido la guerra. El Estado, esta maquinaria tan complicada, iba a estar en manos de niños inexpertos y curiosos que la habían visto sólo de lejos con temor y reverencia y que hoy se complacían en escudriñar y romper. Fue pues necesario un régimen de caudillos. Ellos fueron al principio los tenientes de los Libertadores: Páez, Flores, Santacruz, etc. De la espada hicieron el eje de las nuevas repúblicas y las bayonetas trazaron el primer surco de la política americana. Se implantó una paz de tiranía y terror, pero paz al fin, a cuyo abrigo pudieron empezar a desenvolverse las actividades de estos pueblos para que aprendieran en las enseñanzas de la libertad privada que se les concedía, las normas de la libertad política que había de ser suya algún día, y para que fuera completándose la gestación de las nacionidades futuras por la homogeneidad étnica y cultural.

Y así pasaron por nuestra historia republicana Flores, Veintimilla, Rocafuerte, García Moreno, pasaron feroces y crueles unos, creyentes otros, ambiciosos los más; ilustrados y probos pocos, sobre el terreno volcánico de las revoluciones incesantes, de las aspiraciones opuestas, fracasando todos en sus propósitos de conseguir el orden, la unidad, la paz. El Ecuador era un caos, un cráter en erupción perenne, una brújula rota que no hallaba ni reposo ni norte.

Al lado de los caudillos aparecieron los maestros del patriotismo y del progreso, los Montalvos y Andrade, los Moncayo y Valverdes: su palabra enfervorizaba, henchía los pechos, armaba los brazos. Un soldado, Alfaro, tomó la pluma de Montalvo y la transformó en espada, y esta espada escribió la Constitución del 96. Paralelamente a la lenta aproximación de los grupos se fue haciendo la aproximación y el encumbramiento de los espíritus. Se empezó a vislumbrar un esbozo de Nación y de Patria todavía impreciso, todavía borroso, pero capaz de ser concluido y retocado en trazos más firmes y claros.

Aparte de esta labor visible, retumbante, existía la labor humilde y silenciosa, la labor del tiempo infatigable que empleaba todas las fuerzas de la naturaleza, de la vida y del espíritu y creaba intereses comunes, aspiraciones comunes; y en la agricultura y el comercio, en la escuela y en la Universidad, en el taller y en el templo amalgamaba existencias y almas, borraba prejuicios, nivelaba caracteres, purificaba corazones e iba abriendo los ojos hacia rutas nuevas de civilización. El espíritu democrático iba infiltrándose, gota a gota, pero sin cesar, y los principios de la Revolución Francesa conquistaban, palmo a palmo, una victoria más contra el despotismo y la oligarquía.

Sin conocerse, ni relacionarse entre sí, están los que piensan, los que aman a su Patria, los que luchan en silencio, desde la humilde altura de una cátedra o desde un púlpito, o desde las columnas de un periódico o las páginas de un libro para preparar el suelo en que ha de germinar las simientes del progreso; están los poetas, los maestros, los escritores, los sacerdotes, velando las armas de la cultura.

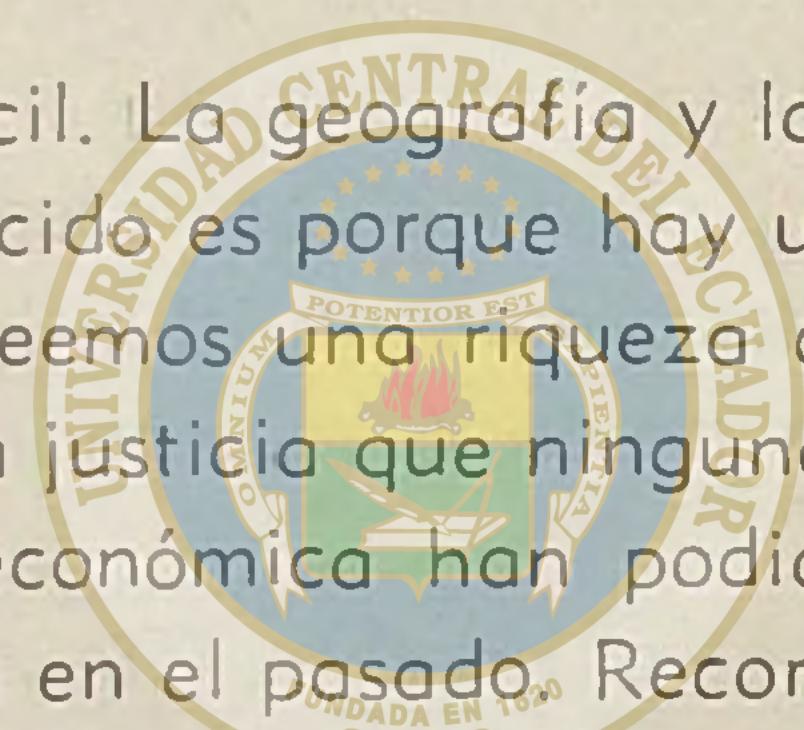
Tal es la tierra y tal el hombre. Tierra de geografía desconcertante hecha de cumbres y de abismos, de nieves y de soles; y hombre hecho así mismo de tenacidad aborigen y de rudeza viril, heroica y quijotesca española. Esa tierra y esos hombres son el Ecuador y pretenden el derecho de decir su palabra a América y de cumplir una faena en la historia de este mundo.

Es cierto que todo nos ha sido difícil. Cierta nuestra pobreza de ayer y de hoy. Evidentes los problemas para unir las dispersas regiones de la Sierra, de la Costa y del Oriente. Adversa la suerte de las armas y de la diplomacia y adversa casi siempre la organización y la dirección política y administrativa.

El imperio de Quito gobernado por Atahualpa se derrumbó con la conquista española. La Colonia fue un sistema de explotación inmisericorde y cruel para las inmensas masas de campesinos y de indios. España estaba lejos y no podía proveer a una administración recta y progresista de estos pueblos colocados al margen del Océano Pacífico casi inaccesible entonces.

La Gran Colombia de Bolívar se desarticuló para ser presa de caudillos, y el Ecuador quedó entre vecinos más poderosos o mejor organizados. Nuestra victoria de Tarqui que nos garantizaba el derecho a nuestro río, descubierto por Orellana y por quiteños, el Río Mar, esa

victoria y su tratado quedaron como un recuerdo y un papel ineficaz. La Presidencia de Quito en 1740 comprendía un millón de kilómetros cuadrados; después de Tarqui y ya constituido el Estado del Ecuador la extensión se redujo a setecientos mil kilómetros; y en fin, gracias al Protocolo llamado de Paz, Amistad y Límites firmado en Río de Janeiro en 1942, apenas quedaron doscientos setenta mil kilómetros cuadrados, menos de la tercera parte de las tierras a que tuvimos derecho. Se nos sacrificó en nombre de la solidaridad de América. Y se nos sacrificó de prisa, porque nuestro problema era pequeño, insignificante frente al problema de la segunda guerra mundial. Se firmó el tratado de amistad y límites mientras estaba hundido en la carne de la Patria el puñal de la invasión extranjera.

 Todo nos ha sido difícil. La geografía y la historia. Y si este pequeño País no ha desaparecido es porque hay una indomable voluntad en su pueblo y porque poseemos una riqueza de rebeldía, de cultura, de amor a la libertad y a la justicia que ninguna derrota, ninguna traición, ninguna situación económica han podido destruir. Abrevemos nuestro coraje y nuestra fe en el pasado. Recordemos y escuchemos la voz de nuestros grandes hombres. La de Espejo el indio enciclopédico, médico y periodista, bibliotecario y literato, llevando en sus brazos el tesoro de su genio por entre la penumbra de la Colonia. La voz de los que un Diez de Agosto de 1809 dijeron a América la primera palabra de independencia y libertad. La de Rocafuerte el educador, el político, el formador de la Patria. La de González Suárez, el obispo que profirió la frase espartana de que si el Ecuador debe desaparecer que desaparezca, pero no envuelto en los hilos diplomáticos, sino en el campo de batalla. La de Alfaro que fue una voz de las selvas manabitas, y una espada fulgurante que de combate en combate trajo al Ecuador un nuevo sentido de la vida y de la política. Ellos y tantos otros fueron en su tiempo el presente vivo y actuante de la Patria; lucharon por ella, la modelaron y cincelaron con esfuerzo y sacrificio. Severos, apasionados, sus almas de acero flexible y duro, mantuvieron su puesto de combate y cumplieron su tarea. Son el pasado grande de la Patria. Se esforzaron, cada uno desde su sitio en interpretar el anhelo y la esperanza de los millones de hombres que habitan entre las cumbres de nuestras montañas o en las planicies fecundas de nuestras costas. No sabemos cuándo nació ese anhelo y esperanza, ni cuándo se anudaron los lazos profundos e irrompibles entre los hombres que habitan este pequeño territorio. Las simientes fueron regadas y fecundadas a través de los varios siglos de nuestra historia. Quizá fue traída por los hombres que ascendieron desde el mar a la meseta de Quito; quizá

fue abonada por la sangre de caranquis, puruhaes y huancavilcas, en la prehistoria de la lucha contra los emperadores del Tahuantinsuyo. Seguramente, el genio místico y poderoso de España, trajo a estas tierras de América con su idioma, la esencia de su espíritu y la llama que había de fundir en amor y en dolor virtudes aborígenes, con virtudes hispanas, en esa gestación silenciosa de varios siglos que fue la Colonia.

De todas maneras, esta tierra y estos hombres nuestros, son una Patria, es decir, una tarea, un ideal, un espíritu creador que tiene su meta y su cumbre en el porvenir. Somos una Patria, porque el pasado está vivo en nuestras mentes y en nuestros corazones; porque el presente es un andar y no un detenerse; y porque pasado y presente nos empujan en un torrente hacia un porvenir mejor. Somos una Patria, porque poseemos lazos que nos juntan, dolores que nos son comunes; y una gran fe en la dignidad, en la libertad, en la justicia. No somos rebaño de siervos humillados y vencidos; no estamos dispuestos a vender nuestra primogenitura de hombres libres por ninguna riqueza; no puede vencernos ningún desengaño, ningún fracaso, ninguna tiranía. El alma ecuatoriana se yergue más fuerte, más activa, más luminosa, luego de los episodios sombríos de nuestras desventuras. Por eso, somos una Patria, en un territorio pequeño y desgarrado. Y por eso, está bien poner de relieve el pensamiento, el espíritu, el corazón de la Patria.

El Ecuador anhela cumplir con su misión de pueblo amante de la libertad y de la cultura. Anhela seguir por las sendas del progreso, para conquistar para su pueblo mayor bienestar y mayor justicia. Desea, así mismo, contribuir a la solución de los problemas de América, cooperar con los países grandes y pequeños para encontrar un rumbo en esta encrucijada de tinieblas de la hora que vive el mundo. Sabemos que para esta tarea no es bastante el poderío material, y que, por el contrario, ese poderío traducido en bombas atómicas y proyectiles dirigidos, es el que ha colocado al mundo al borde del abismo. Sabemos que la vanidad y el orgullo sólo crean caos, dolor y muerte; y que fue el más humilde de los hombres, abofeteado, escarnecido y crucificado, el que conquistó millones y millones de hombres, mediante unas sencillas palabras dichas en la cumbre de una montaña o junto a una playa de mar. Alguien dirá la palabra, alguien trazará la senda por el borde del abismo, alguien habrá de despertarnos de esta pesadilla lóbrega y torturadora y abrirá nuestros ojos a la claridad de una aurora.

Luego de una jornada histórica y prehistórica de más de cinco siglos, hemos llegado al presente. Somos un pueblo joven pleno de virtualidades y de anhelos. Sabemos que hay un porvenir y una cumbre para nuestro afán y estamos dispuestos a emprender la nueva ruta y a cumplir una nueva tarea. Hemos declarado nuestro rechazo al Protocolo de Río, por nulo, por inícuo, por destructor de uno de los cimientos de la fraternidad de América, porque fue resultado de la invasión y de la fuerza, y porque la fuerza nada jurídico puede crear en este Continente Nuevo. Tenemos fe en que el porvenir nos hará justicia y en que volverán nuestros hombres a surcar el Gran Río descubierto por sus antepasados.

Sabemos ya, ahora, que el pueblo ecuatoriano existe; que tiene derecho a una vida de cultura, de progreso, de bienestar económico; que debe acabarse al fin la explotación de minorías oligárquicas y feudales sobre campesinos y obreros. Sabemos que hay que cambiar la estructura económica y social de la Patria, y que nada ni nadie podrá impedir ese cambio. Pero sabemos también, que no todo es lo económico, porque si así fuera, debiéramos añorar el sistema incásico infalible y tiránico en el que todos podían satisfacer sus necesidades materiales, bajo el yugo omnipotente del dios inca. La justicia económica, sí; pero no a costa de la libertad ni de la dignidad, no mediante el hombre esclavizado, sumiso, incapaz de pensar ni de crear, porque la función de pensar y de crear se la reservan un hombre o un grupo de hombres infalibles, que pretenden establecer una nueva inquisición, más dura, cruel e implacable que la medioeval. En nombre de las necesidades humanas, no podemos ni debemos sacrificar la libertad, la iniciativa, la crítica, la renovación y creación interminables. Si aceptaríamos ese sacrificio habríamos sacrificado al hombre.

Aquí está el Ecuador entre las naciones de América, en esta hora sombría del mundo. Esperamos que las savias del pasado, la ciencia y la técnica de hoy, la sangre indoespañola que corre por nuestras venas, la indomable voluntad de nuestra raza sean bastantes para forjar la palabra y el símbolo de justicia y libertad que fortalezca nuestras almas y dé vigor a nuestra tarea.

¡Aquí está el Ecuador!